

The background of the book cover is a classical-style painting. In the upper half, a horse's head is shown in profile, facing left. It has a dark coat with some lighter patches, a black halter with gold-colored buckles, and a bridle with a bit. The horse's eyes are dark and expressive. Below the horse, a woman with long, wavy, reddish-brown hair is depicted. She is looking upwards and to the right with a slightly open mouth, as if in awe or speaking. She wears a simple headband with small white flowers or pearls. Her skin is pale and has a soft, painterly texture. To the left, the side of a man's face is visible, looking towards the woman. The overall style is reminiscent of 19th-century academic painting, with visible brushstrokes and a focus on human and animal forms.

Hélène Cixous

EL LIBRO DE PROMETEA

Traducción de Margarita Martínez

INTERZONA

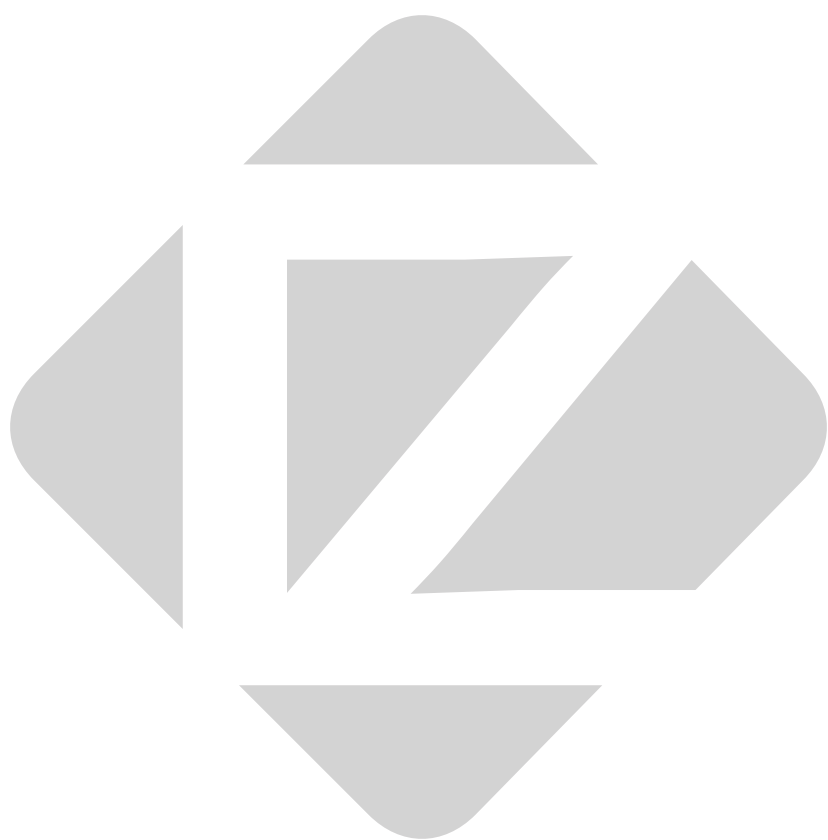
Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

EL LIBRO DE PROMETEA





Hélène Cixous

EL LIBRO DE PROMETEA



INTERZONA

INTERZONA

Cixous, Hélène

El libro de Prometea / Hélène Cixous. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

240 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de traducciones)

Traducción de: Margarita Martínez.

ISBN 978-987-790-080-4

1. Literatura. 2. Narrativa. 3. Narrativa Francesa.

I. Martínez, Margarita, trad. II. Título.

CDD 843

Le livre de Promethea se publicó por primera vez en Francia en 1987

© Éditions Gallimard, 1987; del prefacio y la pre-escena, 2021

© de la traducción, Margarita Martínez, 2023

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Traducción: Margarita Martínez

Corrección: Florencia Piluso

Composición de interior y coordinación: Fernando Ozón

Composición de tapa: Natalia Brega

Ilustración de tapa: intervención sobre *El rapto de las hijas de Leucipo*

(c. 1618), de Pieter Paul Rubens

ISBN 978-987-790-080-4

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

–¿Un prefacio?*

–Sí, dice mi editora, optimista. La colección necesita un prefacio y yo también: un prefacio para este libro.

Intenté. Fue como intentar ponerle la brida a un torrente.

–Me es imposible escribir un prefacio para este libro –dije–, intento imaginarlo, aproximarme, pero en vano. Sería como intentar acariciar un brasero.

No es mala voluntad de mi parte. Por espíritu de solidaridad, por disciplina y por humildad, me acerqué a sus inmediaciones, y por primera vez después de cuarenta años, y por nada. No soy yo, es el libro el que se opone absolutamente.

–Corré siempre –me susurra–. ¿No soy acaso con todo mi ser la encarnación de un Presente de actualidad por excelencia, no soy el Presente mismo de un Acontecimiento que no puede tener lugar sino Una vez, que tuvo lugar meteóricamente, que

–No quiere –le dije a mi editora–. Sería como calzar a un águila. Ya es todo un asunto convencerlo de que se deje publicar de nuevo y que acepte ser firmado.

No lo voy a escribir hoy ni en alguno de los mañanas que me quedan por vivir. Sería asumirme como autora. Sería tomar un volcán por

* Este prefacio y la “pre-escena” incluida a continuación forman parte de la reedición que hizo Gallimard de *El libro de Prometea* en el año 2021. (N. del E.)

un poema. Ahora bien, es el libro de Prometea y es libre. ¿Prometea?
Hace sus compras en los planetas.

¿Es siquiera un libro? Son las huellas deslumbrantes de un animal Secreto. Infantil, salvaje, sin arte sin vergüenza, sin documentos de identidad,

no se puede hablar de él, ni domesticarlo, ni advertirle, ni seguirlo

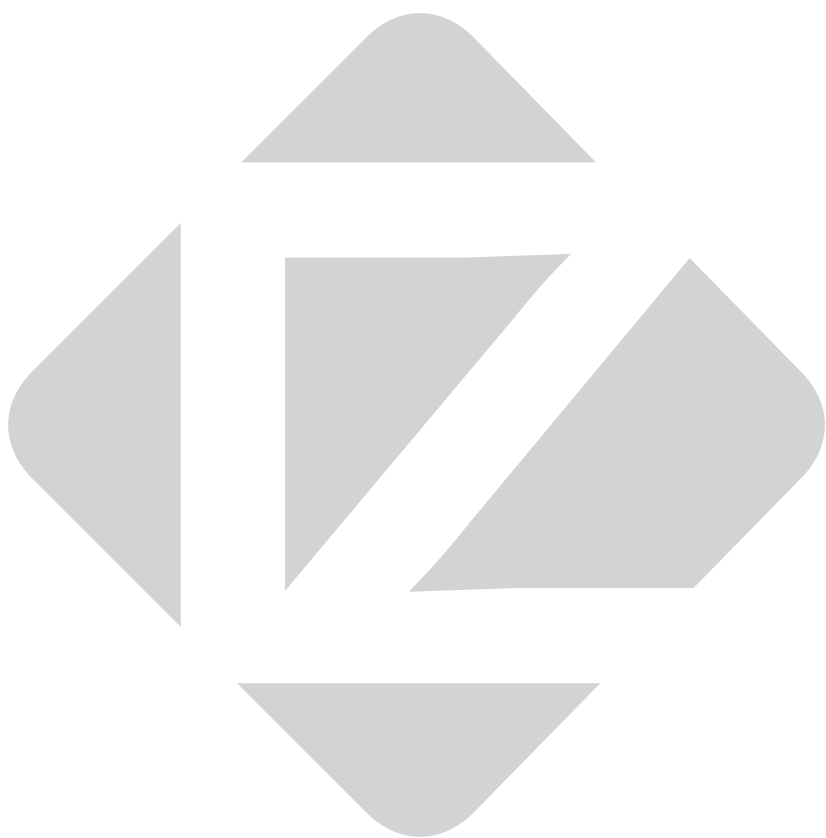
–dije a mi editora–.

Mejor dejarlo enrojecer en el horizonte.

H. C., 8 de mayo de 2021

QUEDÉMONOS LO MÁS CERCA DEL PRESENTE





Int. / de día. Salón de HÉLÈNE CIXOUS.

Es un día de marzo. El 23. La ventana está abierta y da a un balcón florido. Dos gatos maúllan en canon. MARGOT los acaricia para ocultar su timidez devoradora, saca un cuaderno de notas. HÉLÈNE está ocupada sirviendo dos tazas de café negro antes de sentarse en el extremo opuesto de la mesa frente a la joven mujer. Con anteojos en la nariz, aire interrogador, HÉLÈNE le clava la mirada un instante antes de comenzar con voz suave.

HÉLÈNE: Esta colección es una aventura inmensa.

MARGOT [*con un temblor en la voz*]: Sí. [*Se endereza en la silla*]. Estoy verdaderamente feliz de reeditar su obra *El libro de Prometea*.

HÉLÈNE sonríe.

HÉLÈNE: Este libro está muy lejos de mí. No me gusta mucho volver y mirar los textos. Tengo necesidad de ir hacia lo que no conozco.

MARGOT: Quizás hacia aquel que viene. Su nuevo texto sale en octubre, se titula *Rêvoir*¹, ¿es correcto?

HÉLÈNE [*con voz suave*]: Sí. Es un reservorio de sueños. Durante el confinamiento, me quedé en mi casa de escritura y escribí *Rêvoir*. Fue lo que pude escribir durante ese período en el cual no había ni tiempo ni lugar. La casa está en el bosque. No hay

1. *Rêvoir*, lugar donde se duerme. (N. de la T.)

sino animales y árboles. No es lujosa, pero es todo lo que necesito; está afuera de todo. Tengo que estar ahí para escribir, en lo más arcaico, en lo más cercano a los árboles, al viento, al mar. No puede ser de otra manera.

Silencio. MARGOT está atrapada por las palabras de HÉLÈNE.

Usted sabe, el libro llega, eso es todo. En aquel momento llegó *Rêvoir*. Los libros pasan y se van. Cuando estoy en mi casa de escritura, se presentan algunos fantasmas y me dicen “Seré yo”.

MARGOT: Es un título magnífico *Rêvoir*.

Lanza una mirada rápida a sus notas después sigue:

La colección propone ahora un sistema de prefacios cortos para las novedades. La forma es libre, se le puede dar el nombre que uno quiera, puede ser una nota, una carta, un poema, un prelude... Me gustaría mucho que usted aceptara escribir algo para *El libro de Prometea*.

HÉLÈNE parece reflexionar.

HÉLÈNE: Realmente es una pena que no se pueda conservar la expresión inglesa. “Palabras previas”: “foreword”; “palabras de cierre”: “afterword”. No es fácil escribir un prefacio. No me gusta mucho, pero si es absolutamente necesario, lo voy a hacer para *El libro de Prometea* en esta colección.

MARGOT: “*El libro de Prometea*”. Pensamos necesariamente en el mito de Prometeo y en el robo del fuego sagrado. Por otro lado, el fuego está presente a lo largo de todo el texto.

HÉLÈNE: Prefiero decir la chispa. El fuego es demasiado masculino... Por otro lado, no trabajé con el mito. Acá es un significante

puro. Por supuesto adivinamos a Prometeo en filigrana, porque es la encarnación de una fuerza de resistencia, de supervivencia.

Silencio. MARGOT toma notas en su cuaderno, a su mano le cuesta seguir el ritmo.

Le voy a hacer una confidencia, me cuestan enormemente los nombres en los textos...

HÉLÈNE lanza una carcajada franca. MARGOT levanta la cabeza para sonreír con ella.

HÉLÈNE: Observo siempre con una enorme curiosidad a los escritores que logran dar a luz así como así, que logran dar nombres a sus personajes. Stendhal, Balzac... Cuando escriben, son creyentes. Pueden traer al mundo seres a los que son capaces de nombrar; eso me impresiona. Yo nunca pude. Nunca.

MARGOT: ¿Y la H. de su libro?

HÉLÈNE: H.. Me la encuentro todo el tiempo. Pero en general me pasa que siento que no es “yo”. No hay razón alguna para que inflija a “yo” semejante responsabilidad. “Yo” es alguien distinto. H. es nadie, como diría Ulises, o Kafka.

HÉLÈNE parece siempre a punto de sonreír.

MARGOT: En su libro, usted evoca la dualidad del autor, finalmente su propia dualidad. ¿Sigue siendo eso verdad hoy? ¿Está usted habitada por usted y... usted misma?

HÉLÈNE: Sí, las frecuento, pero no las conozco. Es el destino de cada uno de nosotros. Con frecuencia nos decimos: “¿Qué estás haciendo ahí?”. Una ilusión que debemos resolver rápidamente porque no es práctica para la vida cotidiana. Y en las relaciones afectivas, esto se multiplica. Uno es un extranjero para sí mis-

mo, todo el tiempo, a veces de manera aguda. No somos para nada “uno”, eso no existe.

Silencio. Los gatos maúllan otra vez, más largamente esta vez.

MARGOT: Parece que intentarían decirle algo. ¿Sus gatos hablan habitualmente de esta manera?

HÉLÈNE: Evidentemente, todo el tiempo. Cada una de ellas tiene su voz.

Una de las dos gatas parece querer entrar en el bolso de MARGOT.

HÉLÈNE: Recuerdo mucho las voces. Pueden atravesarme en momentos inesperados. Por ejemplo, puedo escuchar de repente la voz de mi madre. Una voz familiar, estable, apaciguadora. Mi mayor terror es perder las voces. El gran drama de mi existencia fue cuando la voz de mi padre desapareció; yo estaba desesperada. Su muerte, eso fue. Tenía una voz muy hermosa que me transportaba. Esa voz desapareció muy pronto, yo era muy joven. Por entonces no existía la posibilidad de grabarla. Cada tanto, tengo la impresión de escuchar un eco lejano, un timbre, una nota. Pero no me confío.

La mirada de HÉLÈNE se pierde por un segundo, después vuelve. MARGOT deja de hacer cualquier gesto.

¿Ve usted ahí, detrás, esos gatos pegados a la pared? Es Adel Abdessemed. Pensé que sería hermoso tener un dibujo de Adel en *El libro de Prometea*. Ya sé que está de acuerdo.

MARGOT se da vuelta para admirar los dos grandes gatos dibujados, según parece, en carbonilla.

MARGOT: Es una muy buena idea, sería algo único... Usted establece frecuentemente un vínculo entre las artes, especialmente entre pintura y escritura. En *El libro de Prometea*, veo una paleta rica de colores, y me pregunté si usted había pensado en algún color particular.

HÉLÈNE: Es una muy buena pregunta... Usted sabe, a los doce años tenía pasión por la pintura. Adoraba pintar. Pintaba con lo más simple que había, es decir, con acuarela. Y me di cuenta de que lo que amaba por sobre todas las cosas era el color, no el dibujo. Sentía una atracción casi erótica por ciertos colores, sobre todo la gama de los colores cálidos. Tenía una gran afición por el carmín y soñaba con ciertos colores que no tenía. Después abandoné completamente la pintura, pero la entiendo bien, creo, la siento. Cuando veo trabajar a mis amigos artistas, reconozco el gesto de la escritura. Para *El libro de Prometea* evidentemente son los rojos, los escarlatas.

MARGOT: Es cierto que en usted todo es flamígero.

Barre la habitación con la mirada. HÉLÈNE entrecierra los ojos.

En su escritura, usted parece estar siempre jugando con la lengua, las palabras, el sentido de las palabras, con su belleza como significantes fónicos.

HÉLÈNE: Por supuesto. Y cuando le digo pintura, es la pintura la que se parece a la escritura, y no a la inversa. La escritura es primero una música. Llega musicalmente y después empieza a tocar.

MARGOT: ¿Y tiene usted, como Flaubert, un lugar en donde dice sus textos en voz alta?

HÉLÈNE: Ah, no, está totalmente acá. [*Señala su cabeza*]. No tengo necesidad de pasar por el exterior.

MARGOT admira los estantes.

MARGOT: En su opinión, ¿qué es necesario leer en una vida?

HÉLÈNE se levanta de un salto.

HÉLÈNE: Venga.

MARGOT se levanta a su vez para seguir a HÉLÈNE.

HÉLÈNE [*caminando*]: Digo siempre que a Montaigne, porque es el príncipe de la lengua francesa. Hoy hemos perdido todo. Ya no tenemos nada de su reino. Es un genio absoluto y tan puro. Ya no hacemos nada más grande que él. En Montaigne está todo. Es nuestro Shakespeare, de todos modos.

MARGOT y HÉLÈNE, una al lado de la otra frente a las enormes estanterías de libros. Libros que parecen habitados, vivos. MARGOT está admirada.

MARGOT [*intimidada*]: Tengo la impresión de haber entrado en su imaginario.

HÉLÈNE sonríe. MARGOT continúa inmediatamente:

¿Qué es el imaginario para usted?

HÉLÈNE: Es grande... es una suerte de fuerza que la toma y le permite crear. Una fuerza que permite dar vida a personajes que usted no es. Es una palabra muy hermosa porque no sabemos qué es, justamente. Ni si es femenina o masculina. Es y no es al mismo tiempo.

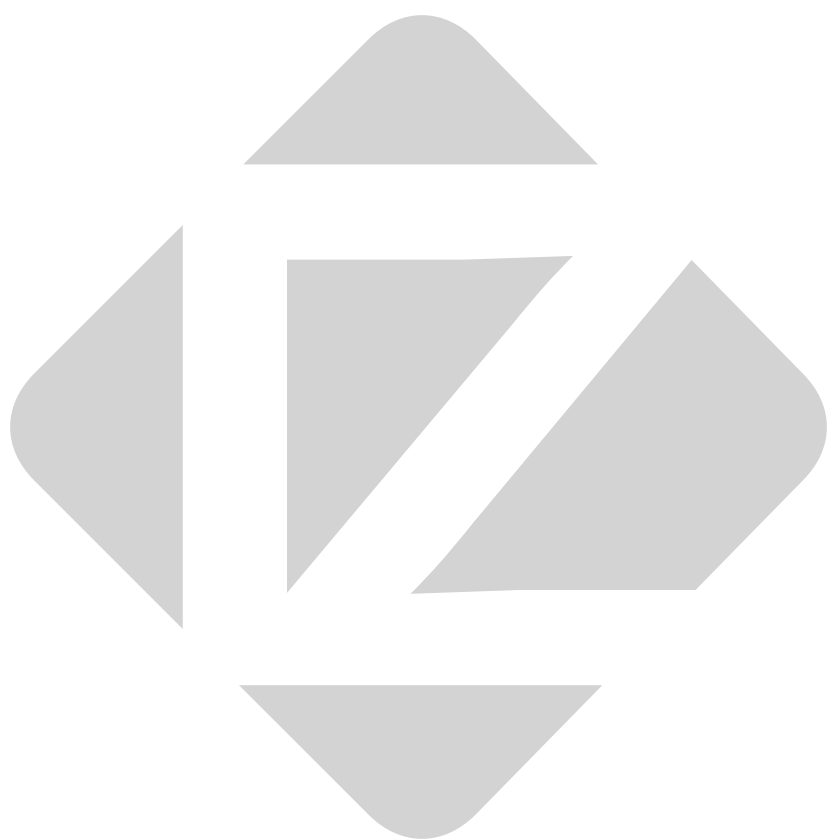
MARGOT: “Es y no es al mismo tiempo”. Una vez más, una dualidad Hélène.

Las dos mujeres se sonríen mutuamente.

FIN



EL LIBRO DE PROMETEA



Sea. Voy a intentar hacer la introducción. Dado que nadie tiene ganas de reemplazarme para esa tarea. Ninguna de las dos verdaderas hacedoras llegan a decidirse.

Desde hace una semana, H. se esfuerza en vano. De buena fe. En cuanto a Prometea, en verdad es ella quien modeló ya todo el texto del cual acabo de salir hace una media hora (todavía tengo los cabellos pegajosos de Atlántico y de las marcas de cristales sobre todo el cuerpo. Quien quiera conocer el gusto de esta obra casi terminada, no tendría más que lamerme la espalda).

Decía: Prometea ya puso bastante de lo suyo y además tomó sin medir de sus órganos, sus deseos, su memoria, podemos decir que el texto está hecho en su mayor parte de ella, física, moral, nerviosa y, sobre todo, virtuosamente.

Esto no es un prefacio. Es una muy pequeña oportunidad de decir la verdad sobre el origen de un texto al cual llego ahora refrescada, empujada, y también sumergida.

Quizás sea un gracias. Pero desde el punto de vista técnico, es un serio tormento: me siento tan cercana y me sé tan diferente de H. y de Prometea, tiemblo con el temor del cirujano: es preciso que el gesto sea de una delicadeza similar a la del Creador para no lastimar la admirable organización interna del cuerpo. Y no soy del todo de la especie del Creador. No soy sino una autora. Es un flaco personaje. Sin embargo, al menos soy una mujer. Mi finalidad es deslizarme lo más cerca del ser de esas dos verdaderas hacedoras, hasta poder desposar el contorno de sus almas con la

mía, sin por eso causar, no obstante, confusión. Pero en la extrema cercanía, a veces necesaria, siempre puede pasar que dos yo se toquen. Respecto de cada frase no de mí, y que podría pasar por mía, haré todo lo posible por devolverla a quien corresponda.

Habría podido dejarle la primera página a H., que fue ella misma la autora de numerosos comienzos de libros, pero esta vez pedirlo sería quizás demasiado, sus esfuerzos no dieron nada todavía escrito sino convulsiones, canturreos sonámbulos y un estado de hipnotizadora-hipnotizada, desde hace una semana está trabajada, trabajada, arde de ganas de escribir algo, un calor suave sopla en todo su cuerpo, pero eso sigue sin dar nada. Por otro lado, se ocupó también, al mismo tiempo, de quemar los antiguos libros, manuales, tratados profesionales, volúmenes teóricos – porque le impiden hacer lo único que encuentra urgente y justo para hacer ahora: lanzar un gran grito himnico de goce para hacer, en el cuero de la antigua lengua córnea, un agujero.

– Ella ya no sabe por dónde comenzar: cantar, arder, liquidar, derramarse, brotar; entonces hace casi todo a la vez, es una mezcla húmeda e incandescente. ¿Y lo que ella piensa en ese mismo instante?

(H.) –Qué voy a hacer con mis teorías tan lindas, tan ágiles y teóricas, ahora que se ven rodeadas por la realidad en persona, en la persona precisa de Prometea, mientras que mis teorías no se lo esperaban. Era incluso lo que las reaseguraba y confirmaba en su ser, y ellas pastaban apaciblemente en los campos simbólicos en el fondo de mi cabeza, y lanzaban dulces, armoniosos y excelentemente acompasados relinchos de satisfacción, peinándose mutuamente sus largas crines sin dudar, oh, ¡sin dudar nunca de la sorpresa que iba a fundirse sobre su existencia! ¿Están sorprendidas? Sí, para nada sorprendidas sino encantadas, listas para contradecirse y convertirse, sin distinción entre lo abstracto y lo concreto, sin respetar la famosa línea invisible y destellante de la diferencia de géneros, la inencontrable, la improbable, entonces la innegable, la absolutamente imborrable divinidad.

Todas mis hermosas teorías cada vez más perfeccionadas, mis navecitas, mis cohetes, mis máquinas capaces de rivalizar en precisión, en espíritu, en temeridad, con las cabezas investigadoras más duras, mis campeonas formadas por mí con tanto cuidado y satisfacción, todas. Desde la primera, la de la bisexualidad que me causó siempre un poco de daño, hasta la más joven, la más flexible, la que me llevó danzando sobre una melodía de Rossini, con un único galope continuo desde Argel vía Santiago hasta Jerusalén.

Y todas mis teorías se orientaban con destreza y gracia dentro de mi propia noche estrellada. Había un orden. Obedecían tan bien a mis deseos que, incluso si venían de mí, me sorprendían y enseñaban, e incluso si no eran sino hipótesis e ilusión, siempre me llevaron a buen puerto con la solvencia de las verdaderas barcas. De ilusión en ilusión, terminamos también por llegar a comprender el mundo. Sí. Pero desde hace algún tiempo, mis teorías no tienen el mismo aspecto orgulloso y belicoso, y tozudo e incluso a veces grave (como cuando me daban consejos para la solución de mis enigmas amorosos). Son alegres: se burlan unas de las otras con casi una embriaguez de liberación. Juegan con sus propios conceptos, se lanzan como balas.

De hecho, ¿qué tienen incluso de teórico – dejando de lado un vocabulario con el cual hacen canciones infantiles? ¿Y qué es una teoría tan liviana como una mariposa arrastrada por el más ínfimo perfume (y que ni siquiera hace la teoría de su ligereza, que revolotea y no lamenta nada)?

– He aquí lo que agita a H. y la perturba: está haciendo su duelo, de alguna manera, de un cierto modo de existir con diccionarios, cajones intelectuales bien ordenados, zapatos de taco, joyas insignes, doctorados, cajas de saberes, etcétera. Oficialmente está muerta de miedo. Pero en el fondo piafa de impaciencia. Está tan apurada por aligerarse de su equipaje. Pero olvidar tantas cosas requiere demasiado tiempo como para que podamos esperar – al menos no en este libro.

– (También yo, como usted, observé el incesante surgimiento de alusiones caballeriles. Es un signo de esos tiempos. No se puede re-

primirlas: porque hay, en los bosques de Prometea, yeguas tan hermosas y suaves que uno no tiene corazón para rechazarlas. Y H. incluso se imagina que hay (yeguas) entre los ancestros de Prometea. Todavía una razón más para confiarle las riendas de este texto para empezar).

–¿Y todo esto porque Prometea es una mujer? ¿Toda esta ebullición, esta trepidación, esta resistencia?

–Sí. No. Sí. O sí... No. No. No. Ni.

Sí, Prometea es una mujer.

Sí, pero “porque es una mujer”, aunque eso no tiene importancia.

Pero no es justamente porque eso no tiene importancia que es tan importante.

–¿Pero quién pretende eso? ¿Quién habla para quién?

–Lo que prefiero decir es esto: no es eso lo que impediría a H. escribir en su propio lugar.

La verdad es que este libro, al cual intento encontrarle la entrada más cómoda –y no sé cómo decir eso– es – primero ya es. Después, no se escribe como un libro, porque un libro prevé siempre un poco su lectura. En cuanto a este libro, que ya está totalmente reunido, bajo esta hoja incluso (¡imaginen un bosque bajo una hoja!) es totalmente interior. Está tan desnudo. Quizás lo esté vistiendo un poco. Sin embargo, no es lo que me preocupa. Quizás solamente quiera protegerlo contra las incursiones irreflexivas, precipitadas: como no tiene pared ni manto, uno se puede encontrar por casualidad, o caer en él, sin tomarse el trabajo de leer.

Pero quizás también pase que tengo miedo.

Tengo miedo.

Ya lo leí. Y, para no mentir: me gustó. Pero tengo miedo. No tengo miedo de usted, Fidelia, Sania, Ania. Tengo miedo de *ustedes*.

(Anoto todo esto en un cuaderno aparte. Mi cuaderno de dudas).

Este libro tiene la misma desnudez que Prometea. No pensó, escribiéndose, en su próxima lectura. Tengo miedo por él. Pero Prometea no piensa siquiera en tener miedo.

Él está tan desnudo.

Es inocente. No se plantea las preguntas que se plantean las personas, –(y tiene razón)–, no tienen dónde plantearse aquí.

Inocente como Prometea. (Puesto que proviene de ella).

Para empezar, jamás Prometea pensó en decir: “soy una mujer”. (Y sin embargo lo es...). No, la verdad es: Prometea *es*. Es Prometea. (En el interior es tan hermoso) (Este libro aquí debajo está en su interior. Es quizás su seno mismo).

Pero soy sólo una mujer que piensa tener un deber de no olvidar. Y ese deber, que creo deber cumplir, es "en la medida en que soy mujer" de ese tiempo debo decir y repetir “soy una mujer”, porque vivimos en una época todavía tan arcaica e ignorante y pesada que siempre hay, todavía, peligro de genocidio.

Es lo que creo. Es lo que creo creer personalmente. Creo y me debo a mí misma creer, y debo, en todas las Veladas de la tierra, creer que debo todavía obstinarme en pronunciar la frase maníaca develadora y acreditadora, “Soy una mujer”. ¿Cuándo? Tan seguido como sea posible y necesario. Y sobre todo cuando comienzo a construir una nueva casa, o a fundar un nuevo libro, con los rituales y los tanteos angustiantes. O sobre todo en la torpe, y a los tanteos, fundación de una ciudad frágil, provisoria, que fue extraída viva, pero toda temblorosa de timidez, de mi tierra imaginaria, sobre todo en la fundación de esa comarca incierta, esta cosa, esta criatura loca, ese milagro más fuerte que yo, esa niña incontrolable que me obedece y desobedece, viene de mí y se va de mí, y apenas se fue, se me escapa, se eleva, montaña², galopa y debo inmediatamente ponerme a subir, a cabalgar, debo intentar atraparla, pero no tengo que hacerme ilusiones: apenas surgida, está lejos de mí, yo la arquera, ella la flecha.

2. *Montagne* en el original. La autora emplea el sustantivo (cuya traducción literal es montaña) como si fuera un hipotético verbo conjugado en la tercera persona del presente del singular, el verbo *montagner* (montañar). Yo montaño, tú montañas, él/ella montaña, etc. (N. de la T.)

Entonces, ¿qué hacer para que mi flecha no esté completamente exenta de pasado, para que conserve una huella de mi deseo, de su proveniencia? Todo lo que encontré es grabar en su tallo una pequeña divisa como esta: “vengo de una mujer”.

Ahora dejo caer la flecha. Es sólo una metáfora. Me gustaría poder dejar todas las armas

– Porque en verdad estoy un poco cansada de esta existencia de asediada. Estoy en el estado del minúsculo Estado rodeado de veinte grandes Estados adversos, y que se desgaña desde su nacimiento aullando: “existo, soy, no se me acerquen, tengo dientes, tengo garras”, se desgaña y le duele la garganta, y la espalda, y los ojos, y quisiera dejar de vestirse de acero y quisiera dormir desnuda sobre la arena caliente al borde de su propio mar, quisiera dormitar ahora en el borde de Prometea, sin armas, sin inquietud, sin memoria, sin aprensión. Quisiera tanto ser una mujer sin pensar en ello. Quisiera tanto ser una mujer libérrima: tan libre que incluso estaría liberada de la dolorosa sensación de estar liberada. Quisiera estar tan libremente en libertad que ni siquiera piense en decirme: “¡qué libre soy!” porque simplemente lo sería, puramente, absolutamente, lo sería, yo sería, y eso es todo, sería H., estaría recostada en el borde de Prometea, y dormiría, el clima estaría perfectamente hermoso, me despertaría al borde de Prometea y me daría vuelta estremeciéndome, no habría nadie detrás de mí, nadie sobre nosotras, no me levantaría con un sobresalto, no estiraría la mano para agarrar una hoja de papel, un escudo, un fusil, un bolígrafo, estaría el mar, estaría la paz, la tierra, no habría nadie, o habría gente, cantarían o no cantarían, esto dependería del ritmo de mi sangre, sentiría largamente el perfume de hierbas de Prometea, esto podría durar mucho tiempo, porque también habría un encima del mar, de la tierra y de nosotras, todo el tiempo.

Pero no soy libérrima. Soy solamente bastante libre como para poder soñar con serlo. Y también para poder adivinar en qué rarísima liviandad de aire los pensamientos de Prometea encuentran su inspiración.

Porque Prometea duerme y se despierta desarmada.

Incluso está tan naturalmente desarmada, sí, tan inocente de armas que a veces me siento un poco molesta ante ella, me siento casi impúdica por aparecer ante su desnudez, yo ataviada de desconfianzas, emplumada de presentimientos, de argumentos, de frases, cargada de previsiones, de experiencias, la memoria impura y pesada.

¿Cómo hacer sentir la diferencia?

Es como si soñara con la Libertad. Es como si hiciera en sueños un curso sobre la Libertad. Y no sé hablar de ella, no sé la primera palabra de lo que debería saber, y está ese público, busco el Libro, ni siquiera sé en qué lengua debo expresarme, estoy fuera de mí, ante el mundo, soy culpable afuera y soy culpable en mí misma, y mientras que con vergüenza y desesperación hojeo un manual anotado ilegible, veo pasar en el fondo de mi sueño la gran yegua mágica y de súbito, yo detrás de mi escritorio, mis barrotes, mis verdugos, veo caer el rayo de plata allá lejos, lejos de mí, y es ella, es Libertad misma, sos Vos, Prometea, pasás y quedo iluminada silenciosa como una roca en el fondo de mi sueño. Pero está esa luz de plata rosada que me acaricia la piedra y penetra mi dolor hasta las entrañas.

¡Oh, volveme más tierna, fecundame, hacé que me funda!

Yo, la que firma “autora”, vengo del libro que sigue, de la parte de H., actualmente en la incapacidad de hacer salir de su pecho las palabras que queman.

“La autora” es un seudónimo que no debería engañar a nadie.

(Nota dirigida a Prometea sobre la hechura del libro:)

Es aquí, me parece, donde debo intentar plantear la cuestión de mi división entre Yo y H..

Pido a Prometea permiso para ser un poco dos, o un poco más, un poco incierta, tanto que no habría – o bien triunfado en aceptar vivir y escribir exactamente ahí donde vivo, y entonces

ser simplemente yo misma la misma que vive y escribe, – o bien decidido en favor de una de mis dos posibilidades.

En este momento, me inclino por la unión. Pero actualmente, en estas páginas causadas por mis remordimientos o mi desconfianza, sigo viviendo primero y escribiendo después, ligeramente de costado, con frecuencia encaramada en las primeras ramas de los árboles, vigilando los tres horizontes, listas para volarme ante la primera alerta, dejando a H., mi primera persona, arreglárselas con las interpelaciones de la policía y los periodistas. Casi me peleé con Prometea por ese tema. Sin miramientos, me reprochó mi pequeña maniobra. Al menos así tomé su asombro por ver que me había reservado dos lugares en el texto (a fin de poder deslizarme sin cesar del uno al otro) y lloré. Sí, después de una muy ligera vacilación, juzgué que el incidente ameritaba lágrimas. Entonces fue casi grave.

Está todavía por encima de mis fuerzas, un poco por encima de mi temeridad. Soy –fui, hasta este momento– una autora que siempre se esforzó por transformar la realidad en ficción, por igual respeto por la realidad y por la ficción me sentí obligada de guardarme de cualquier tentativa de representación, y por eso siempre quise mantener la escritura a cierta distancia de la vida misma (al menos es lo que creí querer hacer – pero no puedo juzgar el resultado).

Intenté escribir correctamente... Etc.

– Me detengo: quien haya sido yo, no me interesa. Quien estoy en vías de ser me resulta vertiginosamente desconocida. A decir verdad, me muero de miedo. Es delicioso. No puedo siquiera decir que escribo o que escribí este libro que nos espera, fresco y jadeante detrás de la página – incluso si soy su redactora, este libro se lanzó, y fue una cabalgata maravillosa, para mí que nunca había pensado encontrarme sobre el lomo de una yegua.

Hablo de la cabalgata, porque es como tal que me dio las sensaciones más sorprendentes. Y fue entonces que reconocí que me dejaba llevar por una fuerza vital bastante mayor que la mía. Lo que hice: solamente seguir el trayecto fabuloso sobre un mapamundi. Este libro

implica entonces también el itinerario de la expedición, la única parte que viene directamente de mi propia mano. Pero fui transportada también por el cauce de un inmenso río, transmutada, acunada, enrollada, depositada, dada vuelta, rescatada del agua. Y ahí, nunca tuve miedo. Y yo también, a veces, llevé en mis flancos, hice atravesar.

Todo esto para decirte, Prometea, que tengo problemas nuevos con este libro: porque hasta ahora, fui yo quien hacía mis libros, en su mayoría, al menos en cuanto a la forma. Tomaba decisiones muy prematuramente. No imponía un molde prefabricado. Pero me dejaba sugerir motivos, melodías, dimensiones, colores, al modo de un buen arquitecto que tiene en cuenta todos los rasgos geográficos, históricos, y las necesidades más profundas de la divinidad que va a revelarse en el templo. No podrá manifestarse y entregar su oráculo más que si el lugar se lo permite.

Comenzaba entonces por escuchar latir el corazón de la divinidad.

Pero esta vez, quizás no tenga necesidad de mis servicios. Me siento incómoda, casi como una desempleada, un poco sombría, muy alegre, me tienta la despreocupación, la idea de ser apenas la autora del libro que me precede me encanta y espanta. Sin embargo, tengo el sentido de las responsabilidades. Sobre todo, no quiero ser la beneficiaria abusiva de una obra de la cual solamente formo parte. Pero no quiero tampoco eximirme de los riesgos de una salida tan expuesta.

Tengo dificultades con este libro. Pero este libro no las tiene consigo mismo, ni con Prometea.

¿Por qué tengo miedo? Porque es un libro para Niños. Niños con una N Enorme. Niños Grandes. De todas las generaciones y razas y géneros.

Porque es un libro de amor. Lo llamo a veces el Libro de los Furores. Es un libro furioso. Hay que arrojarse en él. Una vez dentro del fuego, nos vemos bañados de dulzura.

Porque es un libro de ahora... a leerlo sin cálculo. Sin preguntar: "¿y después? ¿y al final?". Porque no los hay.

Porque es un libro que no tiene miedo. Por otra parte, es lo que hace que H. no haya podido escribirlo sola. Y yo tampoco.

Por otra parte, es el libro de Prometea. Es el libro que Prometea prendió como un incendio en el alma de H..

Prometea no entiende por qué dejé entrar a H. en este lugar si el libro ya estaba bastante floreciente y reverdeciente alrededor de nosotras. No sé cómo justificarme. No pude hacerlo de otra manera. Hay momentos en los que soy H.. No me aferro a ese lugar. Solamente busco no cortar el curso del texto, incluso si estoy casi desmayada dentro de un furor.

Pero en general la desmayada es H.

Dije que es un libro totalmente interior. Si la autora que soy siente la necesidad de fabricar un bulevar exterior o una escalera, o de tejer una carpa de seda, quizás no sea en su honor.

Prometea es mi heroína.

Pero la cuestión de la escritura es mi adversaria.

Prometea es la heroína de mi vida, de mi imaginación, de mi libro.

Soy su campeona. Lucho por ella, para hacer triunfar su derecho: su realidad, su presencia, su grandeza.

Estoy armada de amor, de atención. Eso no basta.

A veces tengo necesidad de agregar la escritura. Prometea es tan grande. La escritura me ayuda. Salto sobre ella.

Pero la escritura me pide también un salario, y no sé exactamente en qué consiste.

Pasan cosas raras: escribo para acercarme a Prometea, la busco mejor, más lentamente, cada vez más cerca, más profundamente. Pero entonces empiezo a perder la superficie, la simplicidad, la luz.

Es el drama.

Puede llegar lejos. Puede llegar demasiado lejos.

Pasan otras cosas extrañas: cada página que escribo podría ser

la primera página del libro. Cada página está totalmente en el derecho de ser la primera página. ¿Cómo es posible?

Esto se deriva de que este libro es un día a día, cada día es el día principal, el que está pasando. Tengo necesidad de todo el tiempo para cada día.

Porque estamos en la eternidad.

Nosotros, Prometea, yo, la autora, H., ustedes, vos, quien quiera, quien nos ame, quien ame.

Este libro es un conjunto de primeras páginas.

Es un drama para la autora.

Y a veces también es una preocupación dolorosa. Me duele la cabeza por esto: quisiera que Prometea eligiera una página que fuera la primera, como se elige una caracola en la playa.

El milagro: constaté que no puedo casi decir nada de Prometea en su ausencia. Porque, en su ausencia, está realmente ausente. Y entonces lo que vi fue lo siguiente: ausencia de Prometea. La veo pálida por la ausencia. Nada le puede devolver su brillo. Me da repugnancia maquillarla con palabras.

Tengo necesidad de que esté lista para hablar de ella y no de su imagen. Tengo necesidad de abrir la ventana y de llamarla con mi voz. Tengo miedo, si no está ahí, de que la escritura me lleve lejos de ella, lejos de mí, lejos de la escritura, lejos de la verdad.

Este milagro también es un inconveniente. ¿Acaso no puedo escribir solamente sobre lo vivo?

¿Y acaso no es lo que hago siempre? Pero hasta ahora me imaginaba que escribía sobre papel. A veces el papel era en efecto lo bastante grueso como para que no sintiera la sangre correr bajo la piel, bajo el papel.

Abro mi cuaderno, abro la ventana, llamo, y mi heroína está ahí, en realidad. Estoy conmocionada.

Le advierto: “Escribo sobre vos, Prometea, huí, salvate. Tengo miedo de la escritura, ¡te voy a herir!”.

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA